

no en lo que ella tiene de social al cantar a nuestro pueblo. A. Blest Gana, Daniel Riquelme, Federico Gana, Baldomero Lillo, Luis Orrego Luco y otros, que buscaron en nuestra sociabilidad—clase adinerada, media o pueblo—los motivos de sus novelas o cuentos, los juzga revelando el aspecto social que las obras de estos autores contienen implícitamente y la calidad humana que las hacen perdurar más que por sus merecimientos literarios. Para Melfi, es el hombre lo más importante dentro de la obra literaria. Por eso si algún reparo le merece la novela o el cuento de ambiente campesino es el dar demasiada extensión a la parte descriptiva con desmedro de los personajes. Y el arte se realiza en su plenitud cuando está estremecido, como dice Ortega y Gasset, de un nervio transcendental.

Deseamos que Domingo Melfi continúe con esta clase de estudios, a fin de que se sepa que la Literatura Chilena ha madurado y es ella el trasunto artístico de nuestra raza.—  
MILTON ROSSEL.

<https://doi.org/10.29393/At163-13ATJM10013>

«JOSÉ MARTI Y EL DESTINO AMERICANO», por *Raúl Roa*.—Publicaciones de la Revista «Universidad de La Habana», 1938.

El 19 de mayo de 1895 moría José Martí, pero su soplo vital continúa prolongándose y la actualidad de su figura es tan viable como la de Simón Bolívar. Aun más, ha crecido enteramente y podemos hoy día cogerla en la integridad de su contorno y de su contenido, porque resplandece con más fuerza, porque irradia con mayor penetración luminosa su amor aseado y entrañable por la libertad y por los principios democráticos y su repudio profundo e inalterable por los regímenes tiránicos o autocráticos.

Adquiere, pues, la presencia de José Martí, una honorable filiación contemporánea por el renacimiento macizo y robusto de la fe en la democracia como oposición a la teoría de dominio de

los pueblos que paralelamente sostienen en nuestro tiempo los sistemas totalitarios.

La labor de apóstol e ideólogo no ha perdido su sentido de renovación y la defensa que hizo durante toda su vida de la libertad como esencial principio para gobernar y dirigir un pueblo permanece vigiendo como también vige la amenaza de exterminio para el más hermoso principio social que ha podido crear lo más sano de la inteligencia del hombre.

José Martí no fué, seguramente, un sociólogo si tenemos por tal al individuo que hace el análisis sistematizado de la realidad social e infiere posibilidades reguladas, consecuencias organizadas para transmutar un hecho político-social en otro mejor coordinado. Es decir, Martí no fué sociólogo en cuanto no introdujo nuevos elementos para sanear un estado social determinado ni tampoco interpretó la realidad orgánicamente o sea, bajo un grupo de reglas sociológicas generales nacidas del estudio de la misma realidad.

Fué, sí, José Martí un gran pensador político. Y un romántico. Pensador político porque supo compenetrarse del ambiente de su tiempo, conocerlo con hondura y expresar su conocimiento con tamaño transparente y resonante, en escritos célebres y medulares. Y romántico porque no estructuró un sistema, no arquitecturó una nueva modalidad de gobierno sino sólo pretendió transformar la colonia española que era Cuba, como Puerto Rico, en una república democrática y porque luchó con heroísmo en condiciones históricas dolorosamente inaptas—aquí también el apóstol—por darle libertad política a su patria y Puerto Rico.

¿Por qué Martí, entonces, y su transcendencia hispano americana? Porque como pensador su pensamiento no se localiza ni se limita a servir las aspiraciones de un pueblo, de una sola expresión geográfica y política. Si lucha por la independencia de Cuba y Puerto Rico lo hace también comprendiendo lo que esta independencia significa para el destino colectivo de América. Y no sólo en el aspecto político sino, además, en el económico.

Porque Martí planteó el peligro del imperialismo norteamericano y lo combatió con la entereza y baronía tan sabiamente ejemplar que fué en Martí innata. Si admiraba a la gran República del Norte, sabía que extensa parte de su pueblo vivía en situación desmedrada y atacaba, entonces, a sus gobernantes. Distinguió siempre entre el pueblo y el Gobierno. Como frente a España. Era contra la monarquía su lucha y no contra el pueblo español.

«El fiel de América—decía Martí sutilmente— está en Las Antillas que serían, si esclavas, mero pontón de una guerra de una república imperial contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder—mero fortín de la Roma americana—; y si libres—y dignas de serlo por el orden de la libertad equitativa y trabajadora—serían en el continente la garantía del equilibrio, la de la independencia para la América española aun amenazada y la del honor para la gran república del Norte, que en el desarrollo de su territorio—por desdicha feudal ya, y repartido en secciones hostiles—hallara más segura grandeza que en la innoble conquista de sus vecinos menores, y en la conquista inhumana que con la posesión de ellas abriría contra las potencias del orden por el predominio del mundo». Y continúa: «La libertad de Cuba y Puerto Rico son indispensables para la familia hispanoamericana en el continente, donde los vecinos de la inglesa codician la clave de las Antillas para cerrar con las todo el norte del istmo y caer luego, con todo su peso, por el sur»

El conocimiento que tuvo Martí de la vida norteamericana, directamente aprehendido en los Estados Unidos, donde residió, le hizo ver con perspicacia inacostumbrada. Porque también es de Martí esta frase: «Los pueblos de América son más libres y prósperos a medida que más se apartan de los Estados Unidos». Certera afirmación, aun hoy mismo; pero que tal vez debido al cambio de política continental efectuado por Mr. Roosevelt—la política del «buen vecino»—sea indispensable revisarla ya que

frente a la amenaza que viene de Europa y que se cierne sobre la libertad de América, es de necesidad imprescindible una política de colaboración interamericana y de acercamiento entre Estados Unidos y nuestro continente, pero dentro de un plano de igualdad, ya que la América nuestra no puede aceptar la posición sectariamente imperialista ni un monroísmo de carácter dominante. Este punto no lo toca Raúl Roa en su estudio.

Es muy hábil, sin embargo, Raúl Roa cuando observa la posición de Martí frente a España: «Pero donde se evidencia cumplidamente que el movimiento revolucionario organizado y dirigido por José Martí, se proponía, como objetivo cardinal, impedir que Cuba y Puerto Rico cambiaran de arcos coloniales, o que la independencia teórica fuera sólo vestidura formal de un protectorado efectivo y a su sombra asfixiante se conjugaran, alegremente, para desangrarnos y empobrecernos, el millonario del norte y el caporal nativo, es en el sentido que Martí le imprime a la guerra y en la misión y contenido que le asigna a la república. La guerra necesaria no va dirigida contra el español, ni contra España; va exclusivamente proyectada contra la dominación exhaustiva y opresora de ésta, alimentada y mantenida por la monarquía borbónica y su nobleza manganzona. Como su conocimiento del rol hegemónico que aspiraban a ejercer los Estados Unidos no le impidió enaltecer sus glorias legítimas y sus hombres representativos y juzgar aliado suyo y de la causa cubana al pueblo norteamericano, víctima, a su vez, de la injusticia y rapacidad oficiales. Martí advirtió parejamente la coexistencia de dos Españas radicalmente distintas: la España artificial, desapoderada, cruel, ambiciosa y parasitaria y la España vital, la verdadera, la única, feudo infortunado y transitorio de la otra».

Un aporte importante de Raúl Roa a la exégesis del pensamiento martiano y que se ha polemizado en Cuba más de una vez, es el que se refiere a si Martí transpuso en su apreciación teórica y práctica en la órbita de la revolución de la indepen-

dencia política de Cuba de la monarquía española el plano de la democracia liberal. Raúl Roa manifiesta y es fácil comprobarlo—que es posible hallar en el ideario de Martí más de un atisbo socialista. Aun más, cuando Marx muere, José Martí le dedica un artículo en que demuestra su admiración por el autor de «*El Capital*». Pero, a juicio de Roa que nos parece muy justo, sería demasiado aventurado hablar de socialismo en Martí, porque no bastan frases o pensamientos que pueden ser simplemente coincidentes para afirmar un supuesto socialismo. Y aunque hubiere sido íntimamente socialista—continúa Roa—no habría podido Martí proceder como tal en aquella coyuntura. «Es incuestionable que cuando el mundo se aprestaba a yugular la nueva opresión, José Martí se disponía a liberar a Cuba y Puerto Rico de un régimen oprobioso, cuya antítesis histórica—realidad terrible—devenía ineluctablemente, en aquella circunstancia, en estado social en trance de superación. Pero no es menos incuestionable que no existía otra salida real a nuestro problema de entonces que el desencadenamiento de la violencia revolucionaria contra la dominación española, cada día más exasperante y sangrienta. De no haberse percatado de ello, habría revelado Martí una incomprensión sustantiva para interpretar la correlación de fuerzas dominantes en aquel momento. Hombre inmenso en la realidad, no obstante la aureola romántica que coronaba su frente montuosa, Martí se dispuso, por lo contrario, a trabajar con los materiales y modos que la coyuntura ofrecía. Y en esta vinculación profunda de Martí a la necesidad histórica, en ese nexo entrañable suyo con el estado de conciencia de la gran masa cubana, radica, primordialmente, su genialidad política».

Martí decía: «Hay que hacer en cada momento lo que en cada momento es necesario». Y nunca el apóstol cubano hizo otra cosa. Político de envergadura cabal comprendió siempre lo que la realidad indicaba que hacer. Y si luchó por libertar del tutelaje colonial español a Cuba y Puerto Rico, tampoco desconoció que

era necesario crear una resistencia poderosa a la pretensión de dominio de los Estados Unidos en América. El haber vislumbrado, el haber previsto el crecimiento imperialista norteamericano en nuestro continente evidencia, una vez más, la sagacidad grande de José Martí, siendo una de sus concepciones que permanece operando con inquietable actualidad, a pesar de la política del «buen vecino», que todavía no se pragmatiza en hechos proficuos para Hispano América.

Trabajó, pues, siempre José Martí por «el destino de América y por el decoro humano».—ARTURO TRONCOSO.



«TIERRA AMARGA», Romances de *Serafín G. García*.—Imprenta Uruguay S. A. Montevideo, 1938.

Pocas veces un título, mas tratándose de un libro de poemas, ha sido más ajustado a su contenido que éste: «Tierra Amarga».

Porque no es el campo idílico ni su vitalidad objetiva; no es el campesino patriarcal colocado en una decoración de sosiego ni el motivo puramente telúrico el que nutre estos romances. Si entroncan en ellos su existencia los elementos forestales y fluviales, si viven los pájaros del bosque y las bestias que dirigen las manos curtidas del labriego, es este y su prolongación familiar, es el hombre y la mujer campesina los que centralizan la apetencia y la atención del poeta.

Si es importante la función del paisaje y de los elementos domesticados de la tierra, como el surco o la siembra; si el viento, el sol, la lluvia exprimen o desparraman sus condiciones amigas o enemigas, es el signo del hombre y de su tránsito en posiciones desfavorables, en presencias cohibidas—si no siempre frente a la naturaleza y a su milagro que el ser humano contribuye a acrecentar—frente al mismo hombre, es el que asume preferencias cargando de humanidad desamparada estos romances. Y de